

Daniel CHARTIER*

“¿Qué es el ‘imaginario del Norte’¹?”

Traducido del francés por Florence Baranger-Bedel

Resumen – El Norte es un espacio imaginado y representado desde hace siglos por artistas y escritores del mundo occidental. Con el paso del tiempo esto condujo a la sucesiva acumulación de capas de discurso, a la creación de un “imaginario del Norte” –así se trate de Escandinavia, de Groenlandia, de Rusia o del Extremo Norte canadiense o los polos. Ahora bien, los occidentales descubrieron el polo Norte hace menos de un siglo. El “Norte” es, pues, el producto de una doble mirada, la del exterior – las representaciones, sobre todo occidentales- y la del interior – proveniente de las culturas nórdicas (inuit, escandinavas, crees, etc.). Dado que las primeras a menudo suponen una simplificación y las segundas son poco conocidas, al querer estudiar el “Norte” desde una perspectiva de conjunto, se nos plantean dos interrogantes: ¿Cómo definir el Norte por lo imaginario? ¿Según qué principios éticos debemos considerar las culturas nórdicas para tener una visión completa, incluyendo en particular aquellas que el Sur subestima? Responderemos aquí a estas dos preguntas, primeramente definiendo el imaginario del Norte, para luego proponer un programa integrador capaz de devolver al Ártico cultural la complejidad que le es propia.

Desde hace siglos, artistas y escritores del mundo occidental imaginan y representan el mundo frío. Al mirar con mayor detenimiento, vemos que este ofrece varios imaginarios diferenciados (el “Norte”, Escandinavia, Groenlandia, el Ártico, los polos e incluso el invierno), que se presentan en la mayoría de los casos en una amalgama basada en una simplificación de las formas (horizontalidad) y los colores (blanco, azul pálido, matices rosados), en la presencia de hielo, de nieve y de todo el registro del frío, en los valores morales y éticos (solidaridad), pero también, en su unión con el “más allá” donde comienza el Ártico, en el fin de la ecúmene europea y en la apertura hacia un mundo “natural”, desconocido, vacío, deshabitado y alejado: el extremo Norte. El conjunto de estas representaciones –volveremos sobre este punto- forma un sistema de signos, que por comodidad llamaré “el imaginario del Norte”.

* Profesor, Universidad de Quebec en Montreal y titular de la Cátedra de investigación sobre el imaginario del Norte, del invierno y del Ártico. Correo electrónico: chartier.daniel@uqam.ca

¹ In this perspective, the relationships between the “North” and the “South” must be understood as relationships between the cold world (notably, the Arctic) and the rest of the world, more to the “South”. A similar reflection could be inverted in the case of the territories of the extreme South, notably in Argentina where resources and Aboriginal issues are rather inverted, with the “South” (dominated) versus the North (dominant). What’s more, we must distance ourselves here from the usual political relationship of North-South domination, where the “North” represents Europe and North America. Here, the “North” refers to a cold world, sparsely inhabited, often Arctic, often aboriginal, and dominated by the powers of “the South” (United States, Canada, Russia, Denmark, Europe, etc.).

Como todo espacio representado, el “Norte” es el producto de una doble mirada, la del exterior y la del interior, que podemos distinguir entre las “representaciones” del Norte y las obras de las “culturas nórdicas”. Las primeras, frutos de un imaginario principalmente alemán, francés, inglés y más tarde estadounidense, distinguen poco los espacios culturales del territorio y dirigen su mirada hacia el Ártico y los polos, con poca consideración de las culturas (inuit, sami, cree, innu, escandinava, etc.) que de ahí se desprenden. Las segundas tienen a veces una extensión fuera de ellas mismas (es el caso de las culturas escandinavas, en particular, cuya recepción en Europa goza de un prejuicio netamente “mejorativo”), lo que no se aplica, sin embargo, a las culturas autóctonas, subestimadas durante largo tiempo, a veces con el objetivo retórico de reforzar la imagen de un Ártico deshabitado e inhabitable, a menudo por prejuicios políticos y étnicos persistentes. Sea como fuera, las “representaciones del Norte” creadas desde el exterior, y las “culturas nórdicas” surgidas de los territorios del “Norte”, tienen pocos puntos de contacto, ubicándose con frecuencia como capas discursivas diferenciadas, aunque ambas se encuentren ligadas a un mismo territorio de referencia. Esta distancia puede observarse para otros conjuntos territoriales representados, pero el imaginario del “Norte”, en particular el del “Extremo Norte”, se distingue en que ha sido forjado sobre el discurso más que sobre la experiencia durante siglos, lo cual ha acentuado la autonomía de las capas discursivas “del interior” y “del exterior”. No olvidemos que el hombre llegó al polo Norte hace solo un siglo, pero que lo imaginaba desde hace miles de años. Es preciso recordar también, dos fenómenos sociopolíticos que tienen una incidencia sobre la representación y la recepción del Norte y del Ártico: por un lado, el contexto general del colonialismo autóctono, que reforzó el silenciamiento de aspectos culturales y humanos de los territorios fríos, y por otro lado, la tendencia general de gobernanza del “Norte”, dominado por capitales y potencias del Sur, que la administra en función de sus conocimientos, poco basados sobre la experiencia, y de las circunstancias de sus propias necesidades, con las desigualdades que esto pudiera engendrar.

Existen, por lo tanto, “representaciones”, a menudo occidentales, del Norte y del Ártico, fácilmente accesibles y de gran coherencia (simplificada) semiológica, y “culturas” del Norte, algunas muy conocidas (de Rusia, de Escandinavia) y otras totalmente desconocidas (otros espacios circumpolares y Autóctonos). Si se

desea estudiar el “Norte” desde una perspectiva de conjunto teniendo en cuenta su multiplicidad de desigual visibilidad, debemos plantear dos cuestiones aparentemente alejadas, pero que necesariamente se articulan en nuestro caso: ¿cómo definir el Norte por el imaginario? ¿Según qué principios éticos debemos considerar las culturas nórdicas para tener una visión completa, incluyendo en particular aquellas que el Sur subestima?

I Definir el Norte por lo imaginario

El conjunto de los discursos enunciados sobre el Norte, el invierno y el Ártico, pueden rastrearse a la vez sincrónicamente (durante un período determinado) o diacrónicamente (para una cultura determinada), extraídos de diferentes culturas y formas, acumulados a lo largo de los siglos según el doble principio de síntesis y de competencia², forman lo que puede denominarse “el imaginario del Norte”. Se trata de un sistema de signos plural y móvil, que funciona de manera variable según los contextos de enunciación y de recepción.

Al desarrollar, hace unos diez años, esta noción de “imaginario del Norte”, sugería en paralelo la hipótesis de que existiría, más allá de las culturas y las percepciones diversas y divergentes *sobre* el Norte y *del* Norte, una base estética común que luego se podría declinar de acuerdo a características que, si no son propias del “Norte” en su individualidad, componen igual un conjunto de signos original y propio a lo que es el “Norte” desde un punto de vista cultural. El conjunto de signos establecido durante siglos por la cultura occidental para representar la idea del Norte, conjunto vuelto a trabajar constantemente por medio de nuevas proposiciones – entre las cuales las de las culturas autóctonas y regionales hoy finalmente tomadas en consideración – que confirman o modifican algunas características, constituye “el imaginario del Norte”. Se trata de un conjunto vivo, “orgánico”, que evoluciona según los períodos históricos y los contextos; como todo sistema de signos, permite abrir un mundo imaginario por la evocación parcial de sus características, lo que permite una economía de medios para representar el Norte. El color azul pálido, por ejemplo, ejerce hoy

² Este principio de síntesis y de competencia de los discursos, inspirado de la teoría de lectura propuesta por Wolfgang Iser et inscripto en una estética de la recepción, fue enunciado en mi obra *L'émergence des classiques*, Montréal: Fides, 2000, 307 p.

dicha función: basta utilizarlo para inducir en el lector, en el espectador, un universo hecho de frío, de inmensidad y de hielo, que remite al sistema de signos en su conjunto.

Por lo tanto, como para todo sistema constituido por siglos de discurso, hay que alejarse, o para cuestionar sus fundamentos, es preciso desmontarlo o volver a trabajarlo, pero, en todos los casos, tenerlo en cuenta: es lo que inteligentemente hacen los creadores del primer largometraje inuit de ficción, *Atarnajuat*³, retomando una por una las características occidentales de la imagen del Ártico para desmontarlas.⁴ Saben que los espectadores *poseen los códigos* del sistema de signos constituido por el imaginario del Norte, construido por la cultura occidental, y lo utilizan para sugerir una nueva percepción de este territorio, que se agrega a las anteriores y desplaza lo que está en juego y los códigos. Emulando el proceso del acto de lectura que describe Wolfgang Iser⁵, la cultura recibe, acumula, dispone, hace que compitan las nuevas propuestas que alimentan y orientan el imaginario. Este último conserva su coherencia pero se modifica con las nuevas propuestas culturales, filtradas por procesos de acumulación y competencia. La consagración de *Atanarjuat*, por ejemplo, permitió que este film desempeñara una función en la orientación contemporánea del imaginario del Norte; si no hubiera sido premiado, el film sin duda hubiera contribuido a la acumulación de discursos acerca de este imaginario, pero sin desplazar tan contundentemente los códigos.

Plantear la noción del “imaginario del Norte” transforma así la manera de concebir el territorio, para que incluya finalmente los aspectos culturales y humanos, y abra un nuevo espacio crítico para lograr aprehender la naturaleza estética y política de los vínculos entre las representaciones, el imaginario, el territorio y la cultura. Hablar de imaginario del Norte supone la existencia de un vínculo entre las representaciones culturales y el territorio – lo cual no es evidente -, y equivale a sugerir que un lugar *real* pueda tener una incidencia sobre las formas de representaciones que de ahí surgen. A primera vista, esto

³ Zacharias Kunuk: *Atanarjuat*, 2001, 172’.

⁴ Por ejemplo, ninguno de los personajes sufre de hambre o de frío (en una escena, un hombre desnudo corre incluso sobre el hielo), nadie se pierde, algunos inuit son retorcidos y desleales, los conflictos son complejos.

⁵ Wolfgang Iser: *L’Acte de lecture. Théorie de l’effet esthétique*, Bruxelles: P. Mardaga, coll. « Philosophie et langage », 1985 [1976].

parecería contradecir la modernidad y la postmodernidad, que defienden el carácter autodefinitorio de las formas artísticas, salvo si se considera la noción de “lugar” desde una perspectiva de construcción cultural, es decir, gobernada también por sus propias reglas. Resta establecer cuáles podrían ser los vínculos entre un lugar *real* frente a un lugar *representado*, lo que permite la noción de *idea del lugar* cuando se la define como una superposición y una competencia de los discursos. En efecto, esto implica que la materialidad no induzca necesariamente una idea del lugar y que, inversamente, el discurso no pueda desprenderse enteramente de la noción de *realidad*. Los lugares forman una compleja composición humana, hecha de experiencias, de discursos, de materialidad, de formas culturales y de memoria. Todo esto remite a lo real, a lo humano y a la realidad, ya sea esta última material, discursiva o semiológica.

Contrariamente a los discursos habituales, podemos con razón preguntarnos si el Norte puede considerarse como un “lugar” en la cultura occidental. Una lectura de la historia de las representaciones del Norte convence más bien de que el “Norte” fue definido como “espacio” y no como “lugar”: la insistencia sobre sus características ligadas a la vacuidad, a la inmensidad y a la blancura condujo al desarrollo de un sistema de representaciones que a veces pareciera ignorar la experiencia humana del territorio ⁶. Durante siglos, el conocimiento fenomenológico del Norte no fue una evidencia: los occidentales preferían ver en el Norte un territorio *más allá* de la ecúmene (que de igual modo se esforzaban por intentar explorar, lo cual tomó tiempo, mientras lo imaginaban a partir de textos) y, por lo tanto, sustraído al conocimiento. Además, ignoraban (por ignorancia, luego por exclusión) una parte de los discursos de sus habitantes (inuit, samis, crees, etc.). Son varios los relatos occidentales en los cuales el “Norte” remite a una matriz neutra sobre la cual se puede situar un relato haciendo caso omiso de la realidad material o fenomenológica, mientras se respeten una serie de criterios y de características que son propias del “Norte” en el imaginario. Desde relatos de exploradores hasta poesía, desde cultura popular hasta, filmica y comercial hasta las artes visuales, desde la canción hasta la novela de aventuras, todo un imaginario bien forjado de representaciones y de

⁶ Acerca de las relaciones entre el espacio y el lugar en el Norte, ver la obra colectiva *Le Lieu du Nord. Vers une cartographie des lieux du Nord*, Québec : Presses de l'Université du Québec et Stockholm : Université de Stockholm, coll. « Droit au pôle », 2015, 242 p.

percepciones remite a un “Norte de las representaciones y las percepciones que puede ser considerado históricamente como una construcción humana y cultural, todo dentro de una coherencia estética transversal que atraviesa las épocas, los géneros, las técnicas y las culturas, siempre adaptándose a los contextos. Las culturas que reivindicán esto alían una parte de lo particular a lo universal en una síntesis que les es propia, que las define: así, Islandia se apropia a su modo del imaginario del Norte agregándole otras capas identitarias que la definen (la insularidad, la pertenencia a Escandinavia, etc.)

Hablar de imaginario del Norte impone, entonces, una reflexión sobre la idea del lugar, sobre las relaciones entre el lugar material, vivido, imaginado y representado, acerca de las nociones de espacio y de lugar, acerca de la constitución sistémica y diacrónica de los sistemas de signos, sobre la pluriculturalidad, sobre lo particular y lo universal, y sobre las inclusiones y las exclusiones de ciertos discursos de la definición occidental del Norte. Se trata de todo un programa metodológico, teórico, estético y político, aún en obra, pero que permite incluir los aspectos culturales y humanos en la búsqueda general sobre el Norte y el Ártico.

Este sistema de signos tiene la doble particularidad de haber sido poco elaborado por aquellos que habitan allí, y la de haber sido pensado en gran parte por otros que nunca estuvieron. Esto no quita nada de su coherencia y su potencia desde un punto de vista discursivo e imaginario, pero plantea desafíos considerables para un conocimiento verdadero del mundo frío, para un reconocimiento de los discursos, necesidades y aspiraciones de aquellos que viven allí y para, desde un punto de vista cultural e intelectual, pensar el Norte, el Ártico y el mundo frío *por sí mismo*. Este sistema de signos impone también, a causa de su historicidad – hecho de discurso del exterior, sobre territorios pensados como espacios más que como lugares, y controlados por potencias que no ven más que un reservorio de recursos para garantizar su vitalidad – algunas obligaciones y prescripciones éticas, para llegar a despejar toda la complejidad.

II Un programa integrador capaz de devolver al Ártico cultural la complejidad que le es propia

Estudiar el imaginario del Norte significa analizar, de manera pluricultural y circumpolar, las diferentes representaciones del Norte, del invierno y del Ártico, según una perspectiva interdisciplinaria. Basándose en los conceptos de “nordicidad” e “invernidad” culturales y sobre la definición del Norte considerado como “primero y antes que nada un discurso cultural, aplicado por convención a un territorio dado⁷”, podemos estudiar las evoluciones históricas y las variaciones de este discurso, y por lo tanto, la evolución de la idea del Ártico y de la idea del Norte.

Una posición intelectual tal permite otorgar una mirada que considera los aportes científicos, históricos, sociales y artísticos por mediación de las representaciones, fuente de motivaciones y de proposiciones de la ciencia, vectores de cambios humanos y sociales, determinantes de la historia y continuidad lógica de las realizaciones artísticas. Así, esta perspectiva permite un encuentro inédito, sobre un terreno común, de diferentes tradiciones del saber. Estas convergen para intentar realizar, como durante largo tiempo la llamaron los pensadores del Norte y del Ártico, un enfoque “interdisciplinario”, y “pluricultural”, única posibilidad teniendo en cuenta la complejidad y la fragilidad –desde el punto de vista ambiental, social y cultural- de este ecosistema.

Al defender la idea de una concepción circumpolar y ya no territorial del mundo frío, se lo plantea como un todo que apela a soluciones, reflexiones y posiciones comunes, siempre teniendo en cuenta las diferentes culturas y lenguas que lo componen. En este contexto, parecería imposible proponer una visión admisible del mundo frío sin articularla con un enfoque plurilingüe, pluricultural y, en ocasiones, conflictivo.

La investigación de estudios culturales sobre el Norte basada en el examen de las representaciones culturales apunta, por lo tanto, a una renovación de los estudios sobre las relaciones del hombre con su imaginario, por medio de un análisis discursivo de las cuestiones del Norte, del Ártico y del invierno, así como también por medio de un abordaje plurinacional, pluridisciplinario y pluralista.

⁷ Daniel Chartier : « Au Nord et au large. Représentation du Nord et formes narratives », dans *Problématiques de l'imaginaire du Nord en littérature, cinéma et arts visuels*, Joë Bouchard, Daniel Chartier et Amélie Nadeau, dir., Montréal : Université du Québec à Montréal, Département d'études littéraires et Centre de recherche Figura sur le texte et l'imaginaire, coll. « Figura », 2004, p.7.

La consideración de los aspectos culturales y humanos es parte integrante y necesaria de toda investigación *sobre y en* el Norte; sin embargo, esto constituye toda una parte a menudo olvidada y desatendida de las políticas árticas y nórdicas, de los acuerdos que buscan promover la gobernanza del mundo frío, así como los proyectos de investigación científica o técnica. Por ejemplo, el acuerdo histórico firmado con los crees y los inuit del norte del Quebec en 1977, hace que la *Convención de la Bahía de James y del norte quebequense*,⁸ sea citada con frecuencia como modelo de los primeros acuerdos contemporáneos entre un Estado y pueblos autóctonos, más allá de las prácticas tradicionales que tienen repercusiones directas acerca de la utilización conjunta o exclusiva del territorio. Ignorar los aspectos culturales y humanos del Norte conduce a negar la complejidad de las relaciones y representaciones circumpolares, y puede conducir al establecimiento de políticas mal adaptadas al territorio. En ese sentido, conviene reflexionar sobre los principios, la metodología y las prácticas que determinan y fundan la definición del Norte y del Ártico en una perspectiva sociocultural, ya que tienen incidencias políticas y éticas fundamentales.

Es preciso recordar algunos principios de base y algunas posiciones intelectuales sobre la definición del Ártico, entre las cuales: la variedad de términos que abarca; la necesidad de una perspectiva circumpolar; la pluridisciplinariedad; la consideración de los puntos de vista autóctonos y alóctonos; los aspectos “naturales” y urbanos; el multilingüismo; el interculturalismo; y por último, la necesidad de proponer un nuevo vocabulario para volver a “complejizar” el Ártico.

Un inventario rápido de los términos empleados para designar y circunscribir el mundo frío devela una superposición de definiciones que se recortan y se distinguen unas de otras, y que a veces son empleadas sin discernimiento: existen por supuesto los términos “Ártico”, “Antártico”, “Región polar” y “Círculo ártico”, que remiten a territorios bastante bien definidos, pero cuya rigidez de fronteras es ahora cuestionada por los geógrafos. Luego está el “Norte”, el “mundo frío”, y hasta el “invierno”, que remiten a consideraciones más movibles, variables según la perspectiva del locutor: ¿qué es frío? ¿Dónde está el Norte,

⁸ Sobre este importante tratado y sus consecuencias, ver por ejemplo Alain-G. Gagnon et Guy Rocher, dir.: *Regard sur la Convention de la Baie-James et du Nord québécois*, Montréal: Québec/Amérique, 2002, 302 p.

según uno se ubique en Londres, México, Buenos Aires, Nuuk o Yakutsk? Luego, hay conjuntos histórico-políticos: Escandinavia, Rusia, Siberia, Canadá, Nunavik, Alaska. Por último, existen agrupamientos que se superponen a esos conjuntos: el mundo inuit, la región del Atlántico Norte, el área circumpolar, etc. Cada término conlleva valores, una insistencia sobre determinadas características (la geografía, la política, la lengua, la cultura, el clima) dejando de lado otros aspectos; cada término desplaza por su empleo el uso de las demás nociones que definen de manera general el mundo frío, polar, ártico, nórdico e invernal. Tomar conciencia de la existencia de estas nociones permite, como mínimo, precisar el objeto de su pensamiento y de su investigación nórdica.

La mayoría de los pensadores del mundo ártico insisten para que se considere la región como “un todo” circumpolar, como la suma de sus diferentes Estados, naciones, culturas, historias y relaciones. El Ártico debe poder definirse por sí mismo como una idea, mientras que históricamente más bien fue pensado, definido y gobernado, desde hace un siglo sobre todo, por las influencias paralelas de potencias del Sur. Iqaluit fue durante largo tiempo determinada por Ottawa, Fairbanks por Washington, Nuuk por Copenhague y Yakutsk por Moscú. Lo hemos visto, desde un punto de vista imaginario occidental, el Ártico tal como lo plantea la cultura es el producto combinado de las culturas inglesa, alemana y francesa, a las cuales se agregó la cultura popular estadounidense. Desde el punto de vista de la explotación material, las vías férreas transportan desde el Norte los minerales que necesita el Sur para su desarrollo, las líneas eléctricas traen la electricidad a las grandes ciudades, las rutas permiten que los bosques lleguen a sus “mercados” del Sur. El Norte es pensado por la cultura “sudista” y responde a sus necesidades materiales. Desde este punto de vista, no resulta sorprendente comprobar una simplificación de las formas y las funciones cuando se trata de representaciones culturales del Norte y del Ártico:⁹ lejano, vacío, puro, “en peligro”, “fascinante”, blanco, frío y helado, el “Norte” encuentra sus características fuera de sí,¹⁰ en un pensamiento que lo circunscribe en función de

⁹ Sobre las relaciones de simplificación y de complejidad, vinculadas a los conceptos de ecología en una obra contemporánea, ver por ejemplo mi artículo sobre el artista circumpolar Patrick Huse: « Simplification / Complexity of the Arctic: The Work of Norwegian Artist Patrick Huse », dans Patrick Huse : *Northern Imaginary. 3rd Part*, Oslo : Delta Press and Pori Art Museum, 2008, p.49-53.

¹⁰ Sobre algunas características del Norte como discurso: Daniel Chartier : « Au Nord et au large. Représentation du Nord et formes narratives » (déjà cité, n.6), p.9-26.

sus necesidades imaginarias y materiales del Sur. Una visión “circumpolar” impondría por el contrario considerarlo *en sí*, de manera ontológica y definatoria; tener en cuenta los vínculos que unen las diferentes partes que lo componen, así como las diferencias entre sus culturas, sus posiciones y sus historicidades. Esta visión permite a la vez plantear el Norte como un todo autodefinitorio y como un todo variado que devela la riqueza y la complejidad.

Porque, como expresa el lingüista y geógrafo quebequense Louis-Edmond Hamelin, considerar el Ártico desde una perspectiva monodisciplinaria tiene un precio: “El enfoque monodisciplinario no permite producir suficientes conocimientos pertinentes y necesarios para la comprensión de un tema, siempre complejo.¹¹” Por su fragilidad, por su excepción climática, por el grado de desconocimiento que lo caracteriza, el “Norte” debe ser considerado desde un punto de vista pluridisciplinario, “holista” si se quiere –lo que se conecta con las nociones inuit de “nuna” y “sila”. Lo que es cierto para cualquier región lo es aún más para un sistema eco-socio-cultural tan frágil. Esto implica un diálogo constante entre las ciencias y las ciencias sociales, pero también entre los estudios culturales y las prácticas de creación cultural. Este punto de vista pluridisciplinario no es un lujo de la mente: es una exigencia que debería ser impuesta a todo proyecto de investigación, de intervención y de explotación nórdicas.

Algunos geógrafos han comparado el Ártico con el Mediterráneo, no en razón de su clima claro está, sino porque alrededor del polo viven poblaciones de los orígenes más diversos, autóctonos (inuit, crees, samis, innus, etc.) y alóctonos (islandeses, fineses, rusos, estadounidenses, etc.). Una investigación sobre el Norte que solo consideraría a una u otra de las perspectivas autóctona o no autóctona conduciría necesariamente a una mala interpretación de la región. La exclusión de una u otra no permite considerar el conjunto de las relaciones que están en juego en el Norte.

Existe una prescripción desde el punto de vista de la ética de la investigación: como las voces autóctonas han sido históricamente ignoradas y son poco preservadas en las instituciones culturales, requieren hoy una atención

¹¹ Louis-Edmond Hamelin : *Écho des pays froids*, Sainte-Foy : Les Presses de l'Université Laval, 1996, p.86.

particular. Doy aquí el ejemplo del pueblo de Hebron, en la costa de Labrador. Este pueblo, ocupado por los inuit, administrado por los misionarios moravos en nombre del gobierno de Terranova, y aprovisionado por la Compañía de la Bahía de Hudson, fue salvajemente clausurado por una decisión administrativa en 1959. Hoy, si quisiéramos reconstruir los acontecimientos que condujeron a esta tragedia (gran número de inuit, desplazados a la fuerza, murieron en los años que vinieron luego de que hubieran cerrado el pueblo), pueden leerse los archivos gubernamentales de Terranova; se encontrarán fácilmente los registros e informes de la Compañía de la Bahía de Hudson, que fueron objeto de publicaciones y salvaguarda patrimonial; será posible consultar asimismo las minuciosas correspondencias de los misionarios moravos, todas ellas numeradas y disponibles en los archivos de la congregación. ¿Pero qué falta? Las reacciones, las opiniones y las voces de los inuit, que, sin disponer de ningún instrumento institucional para conservar su memoria, han desaparecido. El punto de vista autóctono requiere una atención especial por parte del investigador para emerger; a veces, a falta de volver a encontrarlo, habrá que dejar lugar para una “historia de silencio”, significativa de las coyunturas y relaciones de fuerza en el Norte, para éticamente y honestamente contar ciertos acontecimientos históricos. La historia de Hebron, que Carol Brice-Bennet califica de “desposesión¹²”, es un caso manifiesto, pero sin duda no el único en el mundo ártico.

Las representaciones populares del Ártico lo representan en la mayoría de los casos como un mundo blanco, frío, alejado, deshabitado e inhabitable, helado y vacío. No hace falta aclarar que el Ártico es visto en este sentido como no urbano y “natural”: más allá de la ecúmene, simboliza para la cultura un espacio de vacuidad y de desolación. Hay que admitir que la región ártica está poco poblada, si se la compara con las zonas más templadas. La disposición demográfica de la Tierra ilustra claramente una concentración de la población humana en la amplia zona ecuatorial. Sin embargo, el mundo frío cuenta también con pueblo, ciudades e incluso metrópolis, que hace frente a desafíos humanos, sociales,

¹² El ensayo de Carol Brice-Bennet reconstruye la historia y las consecuencias de un desplazamiento involuntario de la población autóctona en Labrador; no es el único caso, y otros desplazamientos forzados (en Alaska, en Groenlandia, en Rusia) también tuvieron repercusiones trágicas. Carol Brice-Bennet: *Dispossessed: The Eviction of Inuit from Hebron, Labrador*, Montréal : Imaginaire | Nord, coll. « Droit au pôle », que se publicará en 2015

técnicos, culturales y energéticos considerables, además de una alternancia pronunciada entre las estaciones estival e invernal, que obliga a la construcción de dobles equipamientos arquitectónicos. Montreal, por ejemplo, con sus 3,5 millones de habitantes, puede considerarse –no por su latitud a 45 grados, sino en función de la severidad y de la duración de su invierno- como la gran ciudad (más de un millón de habitantes) más fría del mundo. ¿Qué significa, fuera de las limitaciones directamente climáticas, vivir en una ciudad con un clima que alterna entre el subtropical y el sub-ártico, si se evalúa desde un punto de vista cultural y social? La incidencia de las condiciones nórdicas en el medio construido, la planificación urbana, la administración de los recursos y la adaptación colectiva e individual de los modos de vida fueron poco tomadas en consideración hasta ahora, en particular porque la imagen popular del Norte remite más bien a una región poco habitada, desolada y escasamente poblada. Sin embargo, no siempre es el caso. Aquí también, el imaginario hace de pantalla a la hora de comprender la complejidad del Norte y del Ártico. Para entender bien el mundo circumpolar, importa tomar en consideración las problemáticas urbanas y no urbanas que lo caracterizan.

Para llegar a comprender los diferentes puntos de vista en contraposición que interactúan en el mundo circumpolar, hay que reconocer hasta qué punto varias lenguas, ya sean autóctonas, alóctonas y extranjeras, han construido la idea y los paradigmas. Lenguas poco habladas en el mundo, pero que lo son en el Norte (por ejemplo, el danés y el noruego) tuvieron gran incidencia en la definición del Ártico, en particular por los exploradores originarios de esos países y que publicaron numerosos relatos de sus viajes. Lenguas extranjeras, por ejemplo el alemán, tienen poco vínculo con la exploración o la expansión coloniales del Norte, pero desempeñan un papel esencial en su comprensión.

Por último, la región circumpolar es aquella en que las lenguas autóctonas se mantienen más vivas del mundo: el cree, el inuktitut, el groenlandés, el yakuto, aunque su conocimiento fuera de sus zonas primarias sea limitada, siguen siendo lenguas usuales, de creación y transmisión culturales. Hay que prever, entonces, una dimensión multilingüe en todo proyecto de investigación sobre el Norte y el Ártico y reconocer que el monolingüismo o aún el bilingüismo conducen a una visión sesgada o incompleta del Norte. Las soluciones, aunque densas, son múltiples: el conocimiento personal de varias lenguas, la traducción y así como

los equipos plurilingües, que permiten eliminar el desconocimiento de los desafíos.

El Norte constituye un “laboratorio intercultural”. Acostumbramos a ver en las ciudades del siglo XX los primeros focos de intercambios interculturales. Sin embargo, los sitios aislados del Ártico siempre han sido, desde su fundación, lugares de convergencia de hombres y mujeres venidos de diferentes culturas, en situación de contacto e intercambio: es a la vez el caso de las misiones, luego de las minas, de los sitios donde se construyen diques, incluso lugares de reclusión, que contaban con una población de culturas variadas, venida a la vez de diferentes regiones de los países en cuestión y, por la inmigración, del extranjero. Además, cada cultura circumpolar es el producto de una síntesis de dos o varias culturas, del Sur y del Norte. Esto hace que las interacciones pluriculturales sean, pues, definitorias del Norte y del Ártico. Según los lugares, existe una mezcla más o menos grande, más o menos armoniosa entre los orígenes autóctonos y alóctonos. La identidad groenlandesa, por ejemplo, hoy es una síntesis de varias culturas inuit centenarias, aliadas a las de los misionarios, colonizadores daneses y a una inmigración reciente.

La circumpolaridad, la pluridisciplinariedad, la autoctonidad, la urbanidad, el multilingüismo y el interculturalismo imponen cada uno precauciones metodológicas para la investigación sobre el Norte y el Ártico, y son requisitos previos sin los cuales la región circumpolar se ve una vez más “simplificada” y desprovista de su capacidad para pensarse a sí misma. Además, tal como lo demostró en sus trabajos el geógrafo y lingüista quebequense Louis-Edmond Hamelin, el “Norte” llama a la creación de nuevos términos y de un vocabulario propio para dar cuenta de su especificidad y de su originalidad.¹³ Estos neologismos, entre los cuales se encuentran términos que hoy son de uso corriente, como “nordicidad”, “invernidad”, “resbalamiento”, inventados para la lengua francesa, pero ampliamente traducidos en varias otras lenguas circumpolares, permiten abrir un nuevo campo para la investigación sobre el

¹³ De Louis-Edmond Hamelin, además de *La Nordicité du Québec* (Québec : Presses de l'Université du Québec, 2014), ver : *Écho des pays froids* (déjà cité, n.10); *Discours du Nord*, Québec : GÉTIC, Université Laval, coll. « Recherche », 2002, 72 p.; *Le Québec par des mots. Partie II: L'hiver et le Nord*, Sherbrooke : Presses de l'Université de Sherbrooke, 2002, 720 p.

Norte, a la vez respetuosa de las diferencias que componen la región y las convergencias que fundan la diferencia con respecto al resto del mundo.

III Conclusión

Hay que considerar, en toda investigación sobre el Norte y el Ártico, los aspectos culturales y humanos, aunque estos hayan sido subestimados por la tradición occidental, que proyecta sobre el mundo frío sus “sueños árticos” –para retomar la expresión de Barry López¹⁴–, por un imaginario rico, un sistema de signos fascinante, construido por siglos de discursos, pero del cual fueron excluidas precisamente las consideraciones de aquellos que allí habitan, como también una parte de la realidad geográfica de la región. Es preciso proponer y defender la idea de devolverle al Norte, al invierno, al Ártico, la complejidad que les es propia para restablecer una “ecología de lo real”, que tenga en cuenta la riqueza y la variedad del mundo circumpolar. Para lograrlo, es necesario defender las hipótesis según las cuales (a) el Norte y el Ártico se componen de lugares en constante interacción; (b) los aspectos culturales y humanos predeterminan el vínculo con el territorio; (c) el Norte y el Ártico requieren un enfoque pluricultural y circumpolar, según una perspectiva interdisciplinaria; (d) una concepción circumpolar plantea el Norte como un todo que llama a soluciones, reflexiones y posiciones comunes, teniendo en cuenta siempre las diferentes culturas y lenguas que lo componen, de una manera plurinacional, plurilingüe, pluricultural y, a menudo, conflictiva.

Sin este doble esfuerzo, primero, de comprensión y de cuestionamiento del sistema de signos que constituye el imaginario del Norte, desde un punto de vista pluricultural e histórico, luego, de precaución ética por principios de realización de la investigación, multidisciplinaria, plurilingüe y en concordancia con el objeto estudiado, el Norte, el invierno y el Ártico seguirán siendo espacios vaciados de su riqueza cultural y destinados a la renovación de lugares comunes.

¹⁴ Barry Lopez : *Arctic Dreams. Imagination and Desire in a Northern Landscape*, New York : Scribner, 1986, 464 p.

